





siste en combinar, para producir, la fuerza con la dulzura. Su energía al parecer reside en la ley general de los contrastes. Cuando la violencia se une con la violencia, ó la debilidad con la debilidad, lejos de producir algo, no hace mas que destruir por exceso ó por falta. Todas las legislaciones de la antigüedad presentan ese sistema de oposicion que engendra el cuerpo político.

Una vez admitida esta verdad, es preciso buscar los puntos de oposicion, que á nuestro parecer residen principalmente, uno en las costumbres del pueblo, y otro en las instituciones que á este pueblo se hayan de dar. Si este fuese de un carácter tímido y débil, sea su constitucion vigorosa y robusta; si por el contrario es altivo, impetuoso é inconstante, adáptesele una forma de gobierno blando, moderado é invariable. Así es que la teocracia no fue buena para los egipcios, sino que les esclavizó sin inspirarles las virtudes que les faltaban: era una nacion pacífica que carecia de instituciones militares.

La influencia sacerdotal produjo por el contrario en Roma efectos admirables, y esta reina del mundo debió su grandeza á Numa, que supo colocar la Religion en la primera categoria en un pueblo guerrero, pues el que no teme á los hombres debe temer á los dioses.

Lo que acabamos de decir del pueblo romano se aplica al francés, que no necesita ser excitado, sino contenido. Háblase de los peligros de la teocracia; pero ¿en qué nacion belicosa ha conducido un sacerdote al hombre á la esclavitud?

Débase, pues, partir de este gran principio general para juzgar de la influencia del clero en nuestra antigua constitucion, y no de algunos pormenores particulares de índole local y accidental. Todas las declamaciones contra la riqueza de la Iglesia son diminutos aspectos de un asunto inmenso; es considerar apenas la superficie de los objetos, sin dirigir una ojeada segura á su profundidad. El Cristianismo era en el cuerpo político de la Francia como los instrumentos religiosos de que los espartanos se servian en las batallas, y cuyo objeto era, no tanto animar al soldado, cuanto moderar su arrojo.

Si se consulta la historia de los Estados generales franceses, se verá que el clero ha representado siempre el hermoso papel de regulador, pues calmaba los espíritus y evitaba las resoluciones extremas. Solo la Iglesia poseía instruccion y experiencia, cuando unos barones orgullosos, y unos ignorantes pecheros no conocian otros recursos que las facciones y una obediencia servil; solo ella, merced á las prácticas adquiridas en sínodos y concilios, sabía hablar y deliberar; solo ella tenía dignidad, cuando todo en su derredor carecia de este sentimiento. Así es que la vemos alternativamente oponerse á las demasias del pueblo, presentar á los reyes observaciones que revelaban su independencia, y arrostrar la cólera de los nobles. La superioridad de sus luces, su genio conciliador, su mision pacífica, y la naturaleza misma de sus intereses debían inspirarle en política ideas mas generosas que á los otros dos órdenes. Colocada entre ellos, debía temerlos todo de los grandes y nada del pueblo, cuyo defensor natural era por esta sola razon. Vémosla, por consiguiente, en las épocas turbulentas votar con preferencia á la par de este. Lo mas digno de respeto en los Estados generales, era el banco ocupado por los ancianos obispos, que con sus insignias pastorales defendian alternativamente al pueblo contra los grandes, y al soberano contra unos magnates rebeldes.

Estos prelados fueron muchas veces víctimas de su abnegacion, y el odio de los nobles contra el clero rayó tan alto á principios del siglo xii, que Santo Domingo se vió precisado á predicar una especie de cruzada para revindicar los bienes de la Iglesia del poder de los barones que los habían usurpado. Muchos obispos

fueron muertos por los nobles ó encarcelados por la corte, sufriendo así alternativamente las venganzas monárquicas, aristocráticas y populares.

Si se considera en mayor escala la influencia del Cristianismo sobre la existencia política de los pueblos de Europa, se verá que prevenía el hambre y salvaba á nuestros antepasados, proclamando aquellas paces llamadas *Paz de Dios*, durante las cuales se recogian las mieses y se practicaban las vendimias. Y ocurrió no pocas veces en las conmociones políticas, que los papas se mostraron como príncipes muy eminentes, pues amonestando á los reyes, dando el grito de alarma y entablado alianzas, evitaron que el Occidente cayese en manos de los turcos. Solo este servicio hecho al mundo por la Iglesia, merecería altares.

Cuando unos hombres indignos esterminaban los pueblos del Nuevo-Mundo, la corte de Roma fulminaba bulas para evitar tamañas atrocidades; y cuando la esclavitud fue reconocida como legítima, la Iglesia no conocia esclavos entre sus hijos. Los mismos excesos de la corte de Roma sirvieron para difundir los principios generales del derecho de los pueblos. Cuando los papas ponian en entredicho á los reinos, y cuando obligaban á los emperadores á ir á dar cuenta de su conducta á la Santa Sede, se abrogaban sin duda un poder que no era el suyo; pero al herir la magestad del trono, hacian quizá mucho bien á la humanidad, pues los reyes, mas circunspectos, conocian que tenían un freno, y el pueblo echaba de ver que le cubría una égida. Los rescritos pontificios mezclaban siempre la voz de las naciones y el interés general á las quejas privadas: «Nos han llegado noticias de que Felipe Fernando ó Enrique, oprime á su pueblo etc.» Tal era con corta diferencia el encabezamiento de todas esas decisiones de la corte de Roma.

Si existiese en el corazon de Europa un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, y que previniese las guerras y las revoluciones, este tribunal sería la obra maestra de la perfeccion social; pues bien; los papas han estado próximos á realizar este hermoso sueño, mediante la influencia que sobre el mundo cristiano ejercian.

Montesquieu ha demostrado que el Cristianismo se opuso por espíritu y por consejo al poder incondicional, y que sus principios alcanzan mas que el honor en las monarquías, que la virtud en las repúblicas, y que el temor en los estados despóticos. ¿No existen acaso repúblicas cristianas que parecen mas identificadas con su religion, que las monarquías? ¿No se formó también bajo la ley evangélica ese gobierno, cuya excelencia parecia tan alta al mas grave de los historiadores, que lo creia impracticable entre los hombres? En todas las naciones, dice Tácito, gobiernan, ó el pueblo, ó los nobles, ó uno solo, y la forma de gobierno que se compusiera de los tres órdenes á la vez, sería una brillante quimera.

Tácito no podía adivinar que esta especie de milagro se realizaría un día entre los salvajes, cuya historia nos ha dejado. Las pasiones hubieran derrocado en breve, bajo el politeísmo, un gobierno que solo se conserva por el equilibrio de los contrapesos. El fenómeno de su existencia debía ser la obra de una religion, que al paso que mantiene el mas perfecto equilibrio moral, permite establecer la mas perfecta balanza política.

Montesquieu vió el principio del gobierno inglés en los bosques de la Germania, pero acaso era mas sencillo descubrirlo en la division de los tres órdenes; division conocida de todas las grandes monarquías de la Europa moderna.

La Inglaterra principió como la Francia y la España por sus Estados generales: la España pasó á ser una monarquía absoluta, la Francia á una monarquía templada, y la Inglaterra, á una mixta. Lo que merece observarse es, que las Cortes de la primera gozaban de

## CAPITULO XII.

## Recapitulacion general.

No sin experimentar una especie de temor, tocamos el término de nuestra obra. Las graves ideas que nos la han hecho emprender, la peligrosa ambicion que hemos tenido, de resolver, en cuanto de nosotros dependía, la cuestion sobre el Cristianismo, todas estas consideraciones nos alarman. Difícil es descubrir hasta qué punto Dios aprueba que los hombres tomen en sus débiles manos la causa de su eternidad, haciéndose abogados del Criador en el tribunal de la criatura, y tratándose de justificar con razones humanas esos consejos que han dado la vida al universo. Solo, pues, con una extremada desconfianza, motivada por la insuficiencia de nuestro talento, nos atrevemos á presentar la recapitulacion general de esta obra.

Toda religion tiene misterios; toda la naturaleza es un secreto. Los misterios cristianos son los mas hermosos posibles; son el archetipo del sistema del hombre y del mundo. Los sacramentos son una legislacion moral, y cuadros llenos de poesía. La fe es una fuerza, la caridad un amor, la esperanza toda una felicidad, ó como dice la Religion toda una virtud. Las leyes de Dios son el código mas perfecto de la justicia natural. La caída de nuestro primer padre es una tradicion universal. Puede encontrarse una nueva prueba de esa verdad en la constitucion del hombre moral, que contradice la constitucion general de los seres. La prohibicion de tocar el fruto de la ciencia es un precepto sublime, y único digno de Dios. Todas las supuestas pruebas de la antigüedad de la tierra pueden ser combatidas. Dogma de la existencia de Dios, demostrado por las maravillas del universo; designio visible de la Providencia en los instintos de los animales; encantos de la naturaleza. Unica prueba moral la inmortalidad del alma. El hombre desea la dicha, y es el único ser que no puede alcanzarla: hay pues una felicidad mas allá de la vida, porque no se desea lo que no existe. El sistema del ateísmo no se funda sino sobre excepciones: no es el cuerpo el que obra sobre el alma, sino esta sobre aquel. El hombre no sigue las leyes generales de la materia: disminuye en donde el animal aumenta. Para nadie es bueno el ateísmo; ni para el desgraciado á quien roba la esperanza; ni para el venturoso, cuya felicidad agota; ni para el soldado á quien vuelve tímido; ni para la mujer, cuya ternura y belleza mancilla; ni para la madre, que puede perder á su hijo; ni para los gobernantes, que no tienen mejor garantía de la fidelidad de los pueblos que la Religion. Los castigos y recompensas que el Cristianismo promete en la otra vida, están en armonía con la razon y la naturaleza del alma. Por lo tocante á la poesía, los caracteres son mas hermosos y las pasiones mas enérgicas bajo la religion cristiana que bajo el politeísmo. Este no presentaba la parte dramática, ni los combates de las inclinaciones naturales y las virtudes. La mitología disminuía la naturaleza; y los antiguos carecian por esta razon de poesía descriptiva. El Cristianismo volvió al desierto sus perspectivas y soledades. Lo maravilloso cristiano puede sostener el paralelo con lo maravilloso mitológico. Los antiguos fundaron su poesía en Homero, y los cristianos en la Biblia: las bellezas de esta exceden á las de aquel.

muchos privilegios que no tenían los *Estados generales* de la segunda, ni los *Parlamentos* de la tercera, y que el pueblo mas libre ha caído bajo el gobierno mas absoluto. Por otra parte, los ingleses, que casi se hallaban reducidos á la servidumbre, fueron avanzando hácia la independencia, y los franceses, que no eran ni muy libres ni muy esclavos, se estacionaron casi en un mismo punto. En fin, grande y fecunda idea política fue la division de los tres órdenes. Siendo totalmente desconocida de los antiguos, ha producido entre los modernos el sistema representativo, que puede ser colocado en el número de los tres ó cuatro descubrimientos que han creado otro universo. Añádase para gloria de nuestra Religion, que el sistema representativo se deriva en parte de las instituciones eclesiásticas; tanto porque la Iglesia ofrece su primera imagen en sus concilios, compuestos del *Sumo pontífice*, de los *prelados*, y de los *diputados del clero inferior*, cuanto por que, no habiéndose los sacerdotes cristianos separado del Estado, dieron origen á un nuevo orden de ciudadanos, que uniéndose á los demás, llevó en pos de sí la representacion del cuerpo político. No debemos omitir una reflexion que corrobora los hechos anteriores, y prueba que el espíritu del Evangelio es eminentemente favorable á la libertad. El Cristianismo estableció en dogma la igualdad moral, única que sin trastornar el mundo puede predicarse. ¿En Roma trató el politeísmo de persuadir al patricio que no era de un polvo mas noble que el plebeyo? ¿Qué pontífice se atrevió á pronunciar tales palabras delante de Neron ó Tiberio? No hubiera tardado en verse el cadáver del imprudente vate en el carro de los condenados á muerte. Pues sin embargo, esas son las palabras que los potentados cristianos están viendo sin cesar en aquella cátedra tan justamente llamada de la verdad.

En general el Cristianismo es particularmente admirable por haber convertido el *hombre fisico en hombre moral*. Todos los grandes principios de Roma y de Grecia, la igualdad y la libertad se encuentran en nuestra Religion; pero aplicados al alma y al talento, y considerados bajo un punto sublime.

Los consejos del Evangelio forman al verdadero filósofo, y sus preceptos al verdadero ciudadano. No hay un solo pueblo cristiano en cuya compañía no sea mas dulce habitar que en el pueblo antiguo mas famoso, excepto Atenas que fue una ciudad encantadora, pero horriblemente injusta. Hay una paz superior en las naciones modernas, un continuo ejercicio de las virtudes mas tranquilas, que no fue conocido en las orillas del Iliso ni del Tiber. Si la república de Bruto ó la monarquía de Augusto se nos presentarán de repente á la vista, nos causarian horror. No hay mas que representarse las fiestas de la diosa Flora, ó aquella continua matanza de gladiadores, para comprender la enorme diferencia que el Evangelio ha colocado entre nosotros y los paganos: el último de los cristianos, siendo hombre honrado, es mas *moral* que el primero de los filósofos de la antigüedad.

Por último, dice Montesquieu, debemos al Cristianismo un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes, que la naturaleza humana nunca podría agradecer como es debido.

«Su derecho es el que hace que la victoria entre nosotros deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes y los bienes, y siempre la Religion, cuando el vencedor, no se obeece.»

Para coronar tantos beneficios, añadamos otro que en los anales de la filosofía debería estar escrito en letras de oro:

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Al Cristianismo deben las bellas-artistas su renacimiento y perfeccion.

En filosofía, no se opone á ninguna verdad natural. Si alguna vez ha combatido las ciencias, ha seguido el espíritu de su siglo y la opinion de los mas grandes legisladores de la antigüedad.

En historia, nos hubiéramos quedado inferiores á los antiguos sin el nuevo carácter de imágenes, reflexiones y pensamientos que la religion cristiana ha hecho nacer: la elocuencia moderna está sujeta á la misma observacion.

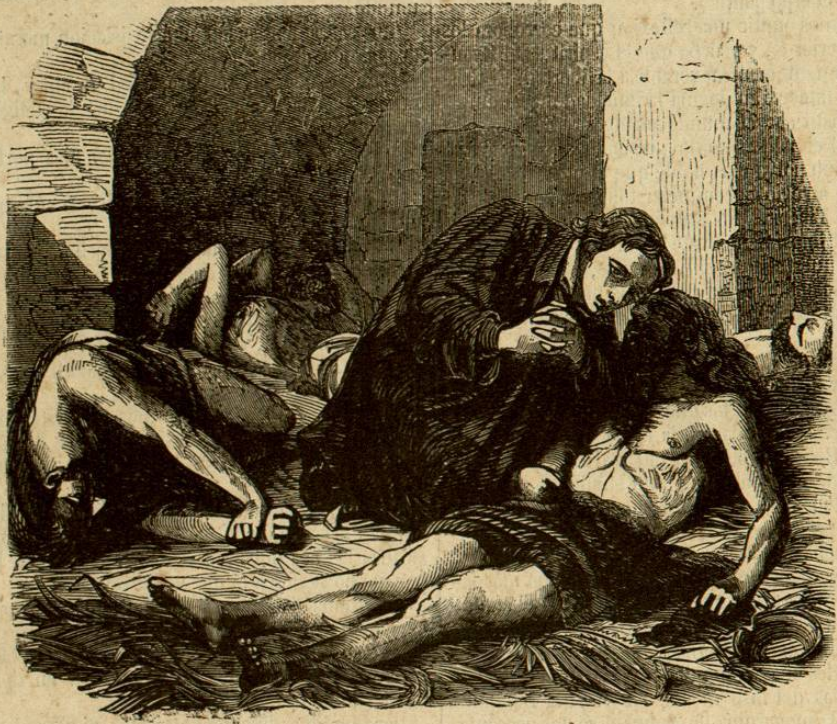
Restos de las bellas-artistas, soledades de los monasterios, encantos de las ruinas, inocentes devociones del pueblo, armonias del corazón de la Religion y de los desiertos, son los que conducen al examen del culto.

Por todas partes el culto cristiano, la pompa y la magestad van unidas á las intenciones morales y á las oraciones edificantes ó sublimes. El sepulcro vive y se anima en nuestra religion: desde el labrador que yace

en el cementerio campestre, hasta el monarca en el sarcófago del panteon; todo duerme entre el polvo poético. Job y David, reclinados sobre la tumba del cristiano, alternan cantando la muerte en las puertas de la eternidad.

Acabamos de ver lo que deben los hombres al clero secular y regular, á las instituciones y al génio del Cristianismo.

Si Shoonbeck, Bonnani, Gyustiniani y Helyot, hubiesen empleado mas órden en sus laboriosas indagaciones, podríamos presentar aquí el catálogo completo de los servicios hechos por la Religion á la humanidad. Principiaríamos enumerando las calamidades que abruman el alma ó el cuerpo del hombre, y á cada dolor asignaríamos el órden cristiano que se dedica á mitigarlo. No es exajeracion: discúrrase una miseria, sea la que quiera, y es indudable que la Religion habrá adivinado el pensamiento y preparado el remedio. Hé aquí lo que hemos podido averiguar segun un cálculo hecho con la mayor exactitud que nos ha sido posible.



UN MISIONERO CONFISANDO APESTADOS.

Existen sobre la superficie de la Europa cristiana 4,300 ciudades y villas, poco mas ó menos.

De estas 4,300 ciudes y villas, hay 3,294 de la primera, segunda, tercera y cuarta magnitud.

Suponiendo en cada una de ellas un hospital (cálculo inferior á la verdad), resultarán 3,294 hospitales casi instituidos por el génio del Cristianismo, dotados con bienes de la Iglesia y servidos por corporaciones religiosas.

Tomando un medio proporcional, y suponiendo solo cien camas á cada uno de estos establecimientos, ó si se quiere, una para cada dos enfermos, se verá que la Religion, además de la inmensa multitud de pobres que sostiene, consuela y alimenta diariamente, desde hace mas de dos mil años, cerca de 329,400 hombres.

Un cálculo casi igual puede hacerse respecto de los colegios y universidades, pudiéndose en vista de él admitir que por lo menos son 300,000 los jóvenes

cuya enseñanza tiene la Religion á su cargo en los diversos Estados de la cristiandad.

Es de advertir que no figuran en su cálculo los hospitales y colegios cristianos en las otras tres partes del mundo, ni la educacion dada por las monjas á las niñas.

Añádase á estos resultados el diccionario de los hombres célebres que ha producido la Iglesia, y que con corta diferencia forman las dos terceras partes de los varones eminentes de los tiempos modernos, y será preciso confesar, como ya lo hemos dicho, que la regeneracion de las ciencias, artes y letras, es debida á la Iglesia; que la mayor parte de los descubrimientos modernos, como la pólvora, los relojes, los anteojos, la brújula, y en politica el sistema representativo, le pertenecen tambien; que la agricultura, el comercio, las leyes y el gobierno le deben inmensas obligaciones; que sus misioneros han traído las ciencias y las artes á los pueblos civilizados, y leyes á las hordas

de salteadores. Sobre eso fue feroz, injusto, avaro, y lujurioso: nada tuvo bueno sino su génio: su carácter fue odioso.

Los decenviros lo hollaron bajo sus plantas; Mario derramó á placer la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo; y por último insulto, abjuró públicamente la dictadura. Los conjurados de Catilina le habian comprometido á ser parricidas, y consideraron como una diversion el dar al traste con aquella magestad romana que Yugurta se proponia comprar. Siguen los triunviros y las proscripciones. Augusto mandó quitarse mutuamente la vida á un padre y á un hijo, y el padre y el hijo obedecieron. El senado se mostró demasiado vil, hasta para el mismo Tiberio. El dios Neron tuvo templos. Sin hablar de los delatores oriundos de las principales familias patricias; dejando á un lado los gefes de una misma conspiracion, delatándose y degollándose reciprocamente; sin tratar de representar á los filósofos discuriendo sobre la virtud en medio de las orgías de Neron; á Séneca escusando un parricidio; á Burro alabándolo y lamentándolo á un mismo tiempo; sin tratar de indagar en tiempos de Galba, Vitelio, Domiciano y Cómodo aquellos actos de bajeza que hemos leído cien veces y siempre nos han llenado de admiracion, un solo rasgo nos bastará para pintar la infamia romana: Plaucio, ministro de Severo, al casar su hija con el primogénito del emperador, hizo mutilar cien romanos libres, entre los cuales habia algunos casados y padres de familia, para que su hija, dice el historiador, tuviese en su comitiva eunucos dignos de una reina de Oriente.

A esta bajeza de carácter, debe añadirse una espantosa corrupcion de costumbres. El grave Caton asistia á las prostituciones de las fiestas de Flora. A pesar de hallarse su mujer Marcia en estado de gestacion, la cede á Hortensio; muere este de allí á poco, y habiendo Marcia quedado heredera de sus bienes, Caton la vuelve á tomar en perjuicio del hijo de Hortensio. Ciceron repudia á Terencia para casarse con su pupila Publilia. Séneca nos refiere que habia mujeres que no contaban los años por el número de consules, sino por el de los maridos que habian tenido; Tiberio inventó los *scellarii* y los *spintrix*: Neron se casó públicamente con el liberto Pitágoras, y Eliogábalo celebró bodas con Hierocles.

El mismo Neron, tantas veces citado, fue el que instituyó las fiestas Juvenales, en las que los caballeros, senadores y mujeres de la mayor distincion tenian que salir, á imitacion del emperador, al teatro, y cantar canciones obscenas, remedando el ademán de historiadores. Para el festin de Tigelino, sobre la laguna de Agripa, se habian edificado casas al borde del agua, donde las mas ilustres romanas estaban colocadas al frente de cortesanas enteramente desnudas.

Al llegar la noche se encendió una iluminacion, á fin de que la disolucion tuviera un sentido mas y un velo menos.

La muerte formaba una parte esencial de aquellas antiguas diversiones, como para presentar un contraste y realizar los placeres de la vida. Para distraer el tiempo, se hacian alternar cuadrillas de gladiadores con otras de cortesanas y tocadores de flauta. Al desasirse de los brazos de una infame, corrian á ver cómo una fiera se saciaba de sangre humana; del espectáculo de la prostitucion se pasaba á contemplar las convulsiones de un hombre moribundo. ¡Qué pueblo aquel, que habia encontrado un lugar de oprobio en el nacimiento y en la muerte, elevando sobre un teatro estos dos grandes misterios de la naturaleza, para deshonrar de un solo golpe toda la obra de Dios!

Los esclavos que labraban la tierra estaban continuamente con grillos: su alimento era pan, agua y sal, y por la noche se les encerraba en subterráneos á donde no penetraba el aire sino por alguna abertura practicada en la bóveda de la mazmorra. Habia una

salvajes; que sus caballeros han contribuido poderosamente á salvar la Europa de una invasion de nuevos bárbaros, y que el género humano le debe:

El culto de un solo Dios;

El dogma mas fijo de la existencia del Ser Supremo;

La doctrina menos vaga y mas cierta de la inmortalidad del alma, así como la de las penas y recompensas en la otra vida;

Mas humanidad entre los hombres;

Una virtud completa que vale por sí sola tanto como todas las obras: la caridad;

Un derecho político y de gentes, desconocidos de los pueblos antiguos, y sobre todo eso, la abolicion de la esclavitud.

¿Quién no se sentirá conmovido por la hermosura y grandeza del Cristianismo? ¿A quién no hará doblar la rodilla esa masa enorme de beneficios?

### CAPITULO XIII Y ÚLTIMO.

Cual seria en la actualidad el estado de la sociedad, si el Cristianismo no hubiese aparecido sobre la tierra.

DAREMOS fin á esta obra examinando la importante cuestion que constituye el epígrafe de este último capítulo, procurando indagar lo que seríamos probablemente en la actualidad, si el Cristianismo no hubiese iluminado la tierra, pues de este modo apreciaremos todo lo que debemos á esa divina religion.

Augusto llegó al imperio por una carrera de crímenes, y supo reinar á la sombra de las virtudes. Se sentó en un trono que acababa de ser desocupado por un conquistador, y á fin de distinguirse, procuró vivir en paz.

No pudiendo ser un grande hombre se esforzó en parecer espléndido: daba festines á sus vasallos, y procuró adormecerlos en un inmenso foco de corrupcion; la calma de su reinado se llamó prosperidad. Augusto tuvo el talento de las circunstancias, y el arte de aprovecharse del fruto del verdadero génio: supo ir en pos de él, pero nunca caminó á su par.

Tiberio despreció demasiado á los hombres, y sobre todo hizo demasiado alarde de este desprecio. Este sentimiento que es el único que expresó con franqueza, es el único que debió haber disimulado; pero para él era á modo de una exclamacion de alegría, un alarido que no podia reprimir al ver al pueblo y al senado romano, mas humillados que la propia bajeza de su corazón.

Al ver al pueblo-rey prosternarse ante Claudio y adorar al hijo de Enobarbo, pudo juzgarse que le habia honrado guardando con él alguna consideracion. Roma amó á Neron. Despues de la muerte de este tirano, sus fantasmas hacian palpitar el imperio de esperanza y placer. Aquí es donde debemos detenernos para contemplar las costumbres romanas. Ni Tito, ni Antonino, ni Marco Aurelio pudieron cambiarlas en cuanto á su fondo: solo un Dios pudo hacerlo.

El pueblo romano fue siempre un pueblo horrible: no es posible degradarse hasta los vicios que manifestó bajo sus emperadores, sin tener cierta perversidad natural y algun defecto congénito en el corazón. Atenas, en medio de su corrupcion nunca fue execrable; aun abrumada de cadenas, no pensaba mas que en gozar, y llegó á decir que sus vencedores no la habian despojado enteramente, supuesto que aun conservaba el templo de las Musas.

Roma tuvo virtudes, pero fueron virtudes contra la naturaleza. El primer Bruto degolló á sus hijos; el segundo asesinó á su padre. Hay virtudes de circunstancias que se toman facilmente por virtudes generales, y que sin embargo no son mas que meros resultados locales. Roma, en tiempo de su libertad fue frugal, porque no tuvo recursos; fue un pueblo denodado porque sus institucionesle obligaban á no soltar las armas de la mano, y porque acababa de salir de una caverna